

Francisco de Mexico, y allí fue casi arrastrando, porque no quiso dejarse traer de alguno; que el amor que sentó en la cama a Jacob, para recibir a su hijo Joseph, cuando le dijeron que iba a visitarlo, le animó a este esclarecido varón para que abrazado de él llegase al lugar donde el señor de cielo y tierra había de ser su huésped en lecho y mesa del altar, donde se le había de comunicar sacramentado, haciendo fuerza en los pies de su devoción, con que vencía la flaqueza de sus fuerzas corporales, y con este fervor de espíritu dijo su misa. Y diéronle la extremaunción, poco antes de completas. Acabado de recibir este sacramento, dijo a los religiosos, que presentes estaban, que fuesen a decir completas, que a su tiempo él los llamaría. Enviólos a llamar, acabadas las completas; y estando todos juntos en su presencia y habiéndoles dado su bendición, con muy entero juicio, dio el alma a su criador. El obispo de Xalisco, don fray Pedro de Ayala, de la orden de nuestro padre San Francisco, que presente se halló a su finamiento, le cortó un pedazo de la capilla de el hábito, que tenía vestido el siervo de Dios, porque le tenía mucha devoción, y en reputación de santo, como en la verdad lo era. Murió en el convento de San Francisco de Mexico, donde está enterrado, día del glorioso mártir español San Lorenzo, cuyo muy particular devoto era. Enterráronlo el mismo día, con la misa del santo, en lugar de la de difuntos. En cuyo introito se cantan aquellas palabras: *Confesio et pulchritudo in conspectu eius, etc.* Las cuales, con harta congruidad se pueden aplicar a este apostólico varón, gran confesor de Cristo y hermoso por el ornato de toda virtud, amicísimo de la pobreza evangélica, celoso de la honra de Dios, muy observante de su regla y ferventísimo en la conversión de los naturales, de los cuales bautizó, por cuenta que tuvo en escrito, más de cuatrocientos mil, sin los que se le podrían olvidar; lo cual, lo que lo escribió, lo ví firmado de su nombre. Fue el último que murió de los doce, y sexto provincial, en esta provincia del Santo Evangelio. Escribió algunos libros, los cuales son: *De Moribus Indorum. Venida de los doce primeros padres, y lo que llegados acá hicieron. Doctrina cristiana, en lengua mexicana y otros Tratados de materias espirituales y devotas.*

CAPÍTULO XXVI. *En que se contienen las vidas de los siervos de Dios, fray García de Cisneros y fray Luis de Fuensalida*



L SÉPTIMO DE LOS DOCE FUE fray García de Cisneros, el cual vino de la provincia de San Gabriel, con los demás sus compañeros. Era muy avisado y circunspeto en sus cosas, celoso y muy amigo de la observancia de su profesión; y échase de ver que sería tal; pues los apostólicos padres de aquellos primeros tiempos no dudaron de hacerle cabeza de su pequeña grey, agradando al Padre eterno, darle el reino en el mando temporal de esta familia franciscana, que como a pegujal suyo tenía guardada

en estas Indias, ocupada en la siega de tanta mies, como entonces había. Y así fue, que haciéndose provincia esta que antes era custodia del Santo Evangelio, en el capítulo general de Nisa, año de 1535, y teniéndose capítulo en esta Nueva España, dejando el oficio de cuarto y último custodio de ella, el venerable padre, digno de eterna memoria por su mucha virtud y letras, fray Jacobo de Testera, que después fue comisario general de estas partes, con unánime consentimiento de los padres vocales, y por sus muchos méritos y virtud, fue fray García electo en primero provincial de esta provincia. Este oficio hizo el siervo de Dios, con mucha prudencia y aceptación de todos, en el cual mostró la sal de la prudencia con que han de ser salados y saboreados los manjares del gobierno. Y aunque esto sólo pudiera ocuparle y traerle entretenido, no se embarazaba tanto en ello, que no cuidase de sus hijos, los recién convertidos, dejando muchas veces a Dios en la oración y contemplación, por buscarse y hallarse, como Marta en la vida activa de la predicación, con este celo de ver muy estendido su santo conocimiento, y muy aprovechados los que se disponían a creerle. Por esto trabajaba mucho con los indios y predicábales muchas veces su santa palabra. Y porque en su ausencia no faltase este manjar espiritual de las almas, escribía muchos sermones en lengua de los mismos naturales y dejábaselos en los pueblos por donde pasaba, para que los más hábiles de ellos los leyesen y predicasen a los otros, en los domingos y fiestas, cuando se juntaban en la iglesia, los cuales hoy día los tienen en mucho y guardan muchos de los indios. Sabía muy bien que no vive el hombre con solo el pan material; más también con toda palabra que sale de la boca de Dios. Instituyó el Colegio de Santiago Tlatelulco (que es el que en otra parte decimos) a contemplación de los célebres varones, don Antonio de Mendoza, primero visorrey de esta Nueva España y don fray Juan de Zumárraga, primero arzobispo de Mexico. Puso por lectores en él, religiosos santos y doctos, como fueron fray Arnaldo de Basacio, fray Andrés de Olmos, fray Juan de Gaona y fray Bernárdino de Sahagún. Al colegio intituló de Santa Cruz, y en él enseñan a leer y escribir los niños, hijos de los naturales, comarcanos a la ciudad de Mexico y otros de más lejos, como allí dijimos.¹ También se fundó, siendo este dicho padre provincial, la Ciudad de los Ángeles, que es la segunda de españoles en esta Nueva España, y fue el que más orden, traza y calor dio para ello, juntamente con el padre fray Toribio Motolinía, de quien también hacemos mención en la misma fundación y ambos la pusieron el nombre de los Ángeles. Teniendo el mismo oficio quiso partirse a los reinos de Castilla, a dar cuenta al emperador y a los prelados de su orden, de muchas necesidades y trabajos que esta nueva iglesia padecía. Y estándose aparejando para esta jornada le dio una enfermedad de que murió; y es de creer fue a gozar de Dios para siempre en su gloria, según lo bien y apostólicamente que vivió. Están sus huesos en el convento de San Francisco de Mexico.

El padre fray Luis de Fuensalida fue el octavo, en número, de los doce, porque debía de ser menos antiguo que los otros siete, primero nombrados.

¹ Supra tomo II. lib. 15. cap. 43.

Tomó el hábito en la provincia de San Gabriel, hombre muy prudente, amigo de su profesión y de toda virtud; pero aunque vino después de ellos a la religión, no fue de los postreros en los deseos de servir a Dios, y de aprovechar a las almas, en especial de los infieles, que se habían descubierto en estas Indias, y vino con los demás a ellas, movido de este santo celo, donde cuando llegó entendía, moderadamente, en la obra de los indios y de su conversión, por no perder sus ejercicios de oración y devoción, porque debía de considerar que importa poco ganar las almas de todos los del mundo, para Dios, si la propia del que las gana (como dice el apóstol) padece algún detrimento y anda distraído, y por no incurrir en este daño partía el tiempo, dando a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Daba a Dios (digo) su espíritu a ratos, en la oración, y a ratos salía a conversar con el prójimo, enseñándole su santa doctrina y evangelio. Fue electo en segundo custodio, después que lo dejó de ser la primera vez el santo fray Martín de Valencia. Aprendió la lengua mexicana y predicó en ella, primero que otro alguno de los doce sus compañeros, y entre ellos fue el que mejor la supo. Diéronle el obispado de Mechoacan y para ello le enviaron cédula del emperador Carlos V; pero, como sabía (como dice el Apóstol)² que el que lo desea, desea buena carga, no sólo no quiso aceptarlo por su mucha humildad, sino que renunciándolo dio a entender que no sólo no lo quería, pero que ni por el pensamiento le pasó desearlo.

Llegó, a esta sazón, la nueva a esta tierra, cómo la goleta era tomada y ganada de los infieles, y vínole deseo de pasar a África a predicar a los moros y padecer martirio, por Jesucristo. Por este respecto fue a España, tomando por ocasión que iba a dar cuenta al emperador y al general de la orden del estado de esta tierra, y llegado a España alcanzó la licencia que pretendía, para pasar a África, con otros frailes; pero como esta palma del martirio no es del que la quiere, sino de Dios que lo ordena, como dice San Pablo. Aunque la alcanzó esta licencia, no la pudo cumplir, porque el venerable fray Pedro de Alcántara, que a la sazón era provincial en la provincia de San Gabriel, se la revocó por ventura, porque nuestro Señor determinaba de él otra cosa, o porque le pareció al provincial que aquella provincia tenía necesidad de semejante varón, como era fray Luis, y así pareció, pues fue después en ella difinidor y guardián de los principales conventos que tiene. Pasados algunos años, y teniendo los padres de aquella provincia puestos los ojos en él, para elegirlo por provincial de ella, acordó de volverse a esta Nueva España, diciendo que desde aquí quería levantarse a juicio con sus santos hermanos y compañeros que en otra tierra había dejado. Tornando, pues, de vuelta a estas partes, año de 1545 acabó en el Señor, bienaventuradamente, en la isla de San Germán, donde está enterrado. Bien podemos decir de este siervo de Dios lo que canta la iglesia del glorioso San Martín, que puesto que no pasó de esta vida por cuchillo de persecución, no por eso perdió la palma y corona del martirio, pues lo deseó y sacó licencia para ello.

² Ad Tim. 3.